

28 Febrero, 1979

## El adolescente Hesse

■ Recuerdo que cuando escuché casualmente lo que conversaban esos muchachos melencólicos y con aspecto de marihuaneros quedé perplejo.

Fue hace unos diez años, cuando el "hippismo" era la última moda en un sector de la juventud. Estaban sentados en el banco de una plaza y fumaban con aspecto indolente. Uno de ellos tenía un libro en sus manos y comentaba con otros las virtudes del autor. Decía que era un tipo macanudo, que apenas si era conocido, que la gente no lo apreciaba y que, sin embargo, era un escritor que tenía una capacidad de percepción como no había otro, que se había leído el libro de un tirón y que se sentía identificado con él.

Sonreí cuando me enteré del nombre del autor que alababa el jovencito de la melena y del sospechoso pitillo. El desconocido novelista era nada menos que Herman Hesse, quien en 1946 había obtenido el reconocimiento mayor al que puede aspirar un escritor: el Premio Nobel de Literatura.

Una década después de esta escena que narro, me encontré con otro jovencito, experto seguidor de la subcultura de moda, "el travoltismo", que leía con interés un libro. Cuando me acerqué para saber qué clase de literatura lo tenía alejado de sus habituales contorsiones, me encontré con que estaba leyendo "Demian", de Herman Hesse.

El fenómeno no deja de ser interesante. Generaciones y generaciones de adolescentes han descubierto sucesivamente a Herman Hesse y lo han convertido en su portavoz favorito. En su oportunidad, a mí también me sucedió.

Hesse solía decir que él se consideraba "un espejo de su época" y, sin embargo, esta permanente preferencia de la gente joven hacia él parece demostrar que más que de una época histórica determinada, Hesse fue un espejo del adolescente y, cuando se lee algo de su vida, se comprueba que, efectivamente, hasta su muerte en edad más que madura, Hesse no fue sino un adolescente. Adolescente genial, si se quiere, pero adolescente al fin.

Diversos rasgos de su carácter que

están claramente retratados en sus libros de general contenido autobiográfico así lo demuestran. Hesse fue un gran individualista que rechazaba en sus ansias de libertad toda atadura con lo establecido socialmente. Su individualismo lo llevó a una rebeldía romántica que, entre otras cosas, lo hizo intentar el suicidio —materia sobre la que se explayaría genialmente en "El Lobo Estepario"—, casarse tres veces, cultivar apasionadas amistades que luego dejaba abruptamente, y vagar por el mundo evitando toda atadura con un lugar, lo que no le impedía mantener una nostálgica sed por una patria que correspondía al lugar donde pasó sus primeros años, pero que había cambiado lo suficiente como para que Hesse la estimara como desaparecida.

Ni la guerra mundial ni la presencia del nazismo sacaron a Hesse de su ausencia de compromiso, no obstante que su tercera mujer era judía. Se mantuvo siempre al margen como un observador frío y objetivo. De la época de la guerra data una carta a su hermana en la que le dice: "El mundo parece estar un poco a oscuras. Nada me sorprende, ni siquiera los crecientes signos de crudeza en la vida política alemana. Mientras uno no sufra a causa de ella, uno puede observarla con tranquilidad...".

No son las palabras de un hombre maduro al que los horrores de la guerra o de "la crudeza" de la vida política alemana deberían haberlo llamado a la solidaridad o, al menos, a la repulsa. Más bien, parecen las expresiones de un adolescente que siente al mundo como ajeno y que lo observa con desahogada curiosidad.

Y en esta característica de Hesse debemos encontrar su longevidad literaria. No retrató una época, pero sí interpretó vitalmente una edad del hombre.

Por eso, generación tras generación, los adolescentes de distintas partes del mundo descubren una y otra vez a Herman Hesse.